

El presente como historia: se extingue la primera generación de *Monthly Review*¹

INTRODUCCION

Con ocasión de la reciente desaparición del economista marxista Paul Sweezy, el 27 de febrero de 2004, esta nota se propone hacer un balance de su contribución a la notable renovación política e intelectual que se produce en el seno de la izquierda occidental durante la segunda mitad del siglo XX (renovación que tiene un impacto no precisamente menor sobre las ciencias sociales de la época). Específicamente, el objetivo principal consistirá en glosar y caracterizar el trayecto de una revista, que es ya, hoy, a la vez, una institución, la *Monthly Review* (*MR*, a partir de ahora), que es seguramente la principal criatura que produce el trabajo y empeño de Sweezy, cuya biografía personal a partir de 1949, año de aparición de la revista, se confunde con la carrera de ésta. Los 93 años de vida de Paul Sweezy y los 55 de publicación ininterrumpida de *MR*, una revista de periodicidad mensual, son motivos sobrados para efectuar este balance de lo que es, en definitiva, la aportación de la primera generación de *MR* y de su factótum principal. Y al efectuar este balance no podemos sino constatar que el vacío que deja la muerte de Sweezy, en la medida que obliga al observador a revisar los últimos cincuenta años, alude a esa especie de divisa no escrita en la práctica de esta revista, y desde luego de los escritos de Sweezy, que fue lo que Lukács denominó analizar el presente como un proceso histórico.

Lo que propone esta nota es que, a trazos gruesos, el balance permite identificar tres aportaciones sustantivas del binomio Sweezy-*MR*. Primera, una destacada contribución a la renovación intelectual del marxismo contemporáneo y, específicamente, de la economía política marxista y, más ampliamente, de la economía crítica o alternativa a la oficial (o neoclásica). Segunda, un impulso sostenido al desarrollo del pensamiento independiente, crítico y democrático, en el seno de la izquierda radical -académica y política- occidental. Y tercero, una renovación innovadora del repertorio de acción política socialista radical en condiciones de capitalismo avanzado, un modelo que proporciona pautas para la práctica política de izquierda, en los márgenes de la política institucional, en el seno de las democracias liberales del Primer Mundo.

¹ Este artículo es una ampliación de las notas sobre las que basé mi comunicación “Paul Sweezy i *Monthly Review* en una perspectiva històrica” como parte de la presentación pública de la segunda época de la edición de Barcelona de *Monthly Review*, acto que tuvo lugar el 21 de junio de 2004 en la Librería La Central del Raval, bajo la presidencia del rector de la Universidad de Barcelona, Joan Tugores. Para una presentación complementaria de la presente y más centrada en la persona de Sweezy, véase Salvador Aguilar, “En la muerte de Paul Sweezy: lecciones de economía política y de activismo civil que preparan el futuro”, en *Papers. Revista de Sociologia*, 72, 2004, pp. 227-243; y en la *web* de Editorial Hacer (www.hacer-editorial.com), *Textos On Line*.

LAS REVISTAS DE LA IZQUIERDA RADICAL EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

La revista *Monthly Review* aparece por vez primera en mayo de 1949, en Nueva York, bajo la dirección de Leo Huberman y Paul Sweezy, sus dos primeros editores² (a los que se añadirá Harry Magdoff después de la muerte de Huberman en 1968, hasta la actualidad, y el intento de renovación generacional que representa la reciente incorporación de John Bellamy Foster como editor ejecutivo principal). Desde entonces, y a pesar de carecer de una base partidaria o de la propia de una organización política, ha aparecido mensualmente de manera continuada hasta la actualidad. Sin ser sus números en términos de difusión comparables a los de una revista de organización ni a los habituales del circuito comercial (su tirada más alta, por lo que parece, se sitúa en el tramo de 10-13.000 ejemplares), *MR* ha sido –y es– una revista de muy amplia influencia, intelectual y política, y no sólo local sino internacional (algo que se puede medir, entre otras cosas, por la aparición de versiones de la revista en castellano, griego, italiano y alemán). Esta nota intentará aclarar esta aparente paradoja; y para empezar, más allá de su circulación, se interrogará sobre cómo conceptualizar y tratar de entender la andadura de una publicación periódica dentro de la izquierda política de orientación radical.

Salvando las distancias, y en comparación con los grandes periódicos nacionales de un determinado país, podría decirse que hay ciertas revistas de la izquierda política que pueden conceptuarse como “de referencia”, esto es, revistas que ostentan tal autoridad intelectual y profesional sobre los lectores e incluso la sociedad global que se convierten, más allá de su carácter –y ejecutoria– empresarial, cuando es el caso, en verdaderas instituciones formadoras de opinión e incluso de actitudes y valores. *Monthly Review* es una de estas revistas. A mi entender, en ese importantísimo período histórico que es la segunda mitad de siglo XX, sólo otras dos revistas de la izquierda política merecen esta calificación, a saber, la francesa *Les Temps Modernes* (publicada desde 1945 bajo la dirección del filósofo marxista Jean-Paul Sartre) y la británica *New Left Review* (fundada en 1960 por el gran historiador Edward P. Thompson y un grupo de asociados, y cuya cabeza visible más conocida en el último cuarto de siglo ha sido Perry Anderson³). ¿Qué tienen en común estas publicaciones?

La sociología del conocimiento proporciona elementos de análisis que permiten comprender el papel y variantes de las revistas políticas; y en concreto, de las revistas políticas de izquierdas. En general, se inscriben en la práctica social de grupos y organizaciones políticas para coadyuvar como mínimo a tres funciones: a la cohesión grupal (se sobreentiende que, por definición en tiempos “normales”, no revolucionarios, estos grupos y organizaciones son minoritarios en cada sociedad y, por tanto, necesitados de mecanismos de agrupamiento); a la movilización esporádica en ciertos momentos de oportunidad política (se presupone que, también por definición, las bases sociales de la izquierda radical son proclives a la protesta social contra las condiciones de vida bajo el capitalismo); y finalmente, a dotar de discurso propio y fundamentalmente homogéneo a los miembros de esa base social (que parece lógico pensar que, más o menos distantes del discurso oficial de la sociedad en la que viven,

² “Editores” en el sentido anglosajón de responsables del producto intelectual que se ofrece: el contenido o conjunto de artículos; los títulos y similares; el proyecto global de la publicación, si existe (que sí existe en el caso de *MR*); y la supervisión al menos literaria de los trabajos publicados.

³ Desde hace pocos años aparece una versión castellana de los números, trimestrales, de *NLR*, editada por Carlos Prieto y publicada por Editorial Akal de Madrid.

necesitan elaborar algún discurso alternativo –ideología y argumentos de debate y formación de opinión- para su acción política).

Si bien estas tres funciones básicas son comunes a todas las revistas políticas, son especialmente características de las revistas “organizacionales” (las que prosperan al amparo de una organización política). Una variante fundamentalmente distinta aparece con las revistas “independientes” de una organización, publicaciones sin duda políticas, pero que declinan el papel de órganos de expresión de un conjunto (organizacional y doctrinal) cerrado y tienden más bien a acentuar la tercera de las funciones señaladas que, en muchos sentidos, queda en sí misma alterada como consecuencia de ese énfasis. En efecto, las revistas independientes nacen de la percepción de que la crítica de la sociedad capitalista necesita no sólo de discursos –ideología- alternativos y de combate, sino también de conocimiento sistemático que genere formas alternativas solventes de interpretar los acontecimientos de la época y orientar la acción estratégica. Unas, para utilizar la expresión popular, dan moral (las revistas organizacionales); las otras, ofrecen criterios. Las revistas independientes tienen la capacidad (vetada por regla general a las revistas organizacionales) de anteponer la comprensión a la doctrina y de buscar como uno de sus objetivos principales la renovación sustancial del *stock* de conocimientos y simbólico disponible para la izquierda, incluido, de vez en cuando, un cambio de paradigma⁴. En el contexto de la historia contemporánea, las tres revistas independientes de la izquierda radical señaladas tienen en común, principal y precisamente, que buscan un cambio de paradigma; en el doble sentido de renovar el paradigma marxista clásico y la crítica, más compleja y sofisticada, del capitalismo moderno que se despliega en toda su potencia y complejidad a partir de la Segunda Guerra Mundial. Y a pesar de sus modestos datos de circulación, *Monthly Review* ha jugado aquí un papel fundamental para facilitar esa transición hacia otra forma, innovadora, de entender la izquierda anticapitalista y la práctica política progresiva en las sociedades contemporáneas de capitalismo avanzado que cuaja en la segunda mitad del siglo XX.

Como es evidente, interrogarse por el cambio de paradigma que hemos mencionado como uno de los objetos de esas revistas independientes, entre ellas la *Monthly Review*, nos sitúa en el terreno conceptual del *cambio intelectual*, algo que requiere una diversidad de precondiciones. La sociología histórica nos ilustra sobre el predominio (estadístico) de la persistencia sobre el cambio en la práctica de las diversas sociedades humanas. El macrosociólogo R. Nisbet, por ejemplo, señala la tendencia de la conducta social y de la cultura a permanecer en un estado de relativa inmovilidad, que es “el resultado de la profunda tendencia de la conducta humana a adaptarse, a hacerse convencional y rutinaria a través del hábito y la costumbre”⁵. Se deriva de ello que el cambio social sustancial es un fenómeno, en términos de Kuhn, no “normal” sino extraordinario, que se produce tan sólo muy de vez en cuando.

El cambio intelectual no es una excepción; y los requisitos para que se produzca, especialmente complejos. Aunque no los conocemos bien, un imponente estudio reciente del sociólogo Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global sobre el cambio intelectual*,⁶ ofrece muchas pistas para comprender su lógica primordial. Una de las hipótesis de Collins es que para que el cambio de paradigma

⁴ Thomas Kuhn introduce esta noción en su obra *La estructura de las revoluciones científicas* (FCE, México, 1971). Un “paradigma” es una visión compleja y totalizadora que da cuenta de las explicaciones posibles de un área de la realidad social por un largo período de tiempo. El mismo marxismo, por ejemplo, es un paradigma en este sentido.

⁵ Robert Nisbet, Thomas Kuhn, Lynn White y otros, *Cambio social*, Alianza Ed., Madrid 1979, p. 42.

⁶ Edición castellana de Editorial Hacer, Barcelona, en prensa.

intelectual se efectúe se requiere una pluralidad de pequeños grupos de pensadores y científicos, con sus jefes de filas y demás división interna de funciones entre los miembros del grupo, que emergen y tratan de ganar pie en feroz interacción competitiva con otros productores de ideas y paradigmas que operan con similar lógica intraorganizacional. Estas redes y grupos intelectuales en interacción son posibles, muy de vez en cuando, a condición de que coincida en el tiempo y lugar la suficiente masa crítica y mentalidad abierta como para propiciar la producción intelectual (publicaciones, conferencias y similares) que permita que las ideas innovadoras prendan en la sociedad circundante y, así, en los términos de Collins, ocupar el “espacio de atención intelectual”. Como veremos, justamente esto es lo que se produce en el caso de las tres revistas citadas, y en concreto, para el caso de la *Monthly Review*,⁷ donde llama la atención la prodigiosa concentración de talento intelectual y percepción política aguda que se reúne en torno a la publicación (“una comunidad”, la denomina Sweezy⁸), transnacionalmente⁹, a lo largo de sus 55 años de existencia.

LA FIGURA DE PAUL SWEEZY

Nacido en Nueva York en 1910, Sweezy se forma como economista en la Universidad de Harvard, donde se titula en 1931 y se doctora en 1937 (con una tesis histórica sobre la cuestión del monopolio), así como en la británica London School of Economics (1931-1933). Pese a su formación inicial ortodoxa y su dominio de las teorías keynesianas y de la historia del pensamiento económico, las inquietudes políticas del joven Sweezy y su paso por la LSE le ponen en contacto con los ambientes intelectuales radicales y el marxismo. El mismo Sweezy asegura que para su vuelta a Harvard en 1934 se considera ya un marxista¹⁰. Los años siguientes, que pasa en estrecho contacto intelectual con uno de los más importantes economistas modernos, Joseph A. Schumpeter, de quien es ayudante durante unos años, son también un período de formación concienzuda en los *principios de la economía política de Marx*¹¹. Y éste es el subtítulo de su primer gran libro, *Teoría del desarrollo capitalista*, de 1942.

Durante el período mencionado, empiezan a reunirse algunas de las piezas importantes de la masa crítica y “energía emocional”¹² que catapultarán después el entorno de Sweezy y la *MR* a la categoría de escuela de pensamiento e institución claves en la ejecutoria de la izquierda occidental de la segunda mitad del siglo. Una es el encuentro entre el sofisticado Sweezy, de origen *wasp*, y el desaliñado judío

⁷ Más allá, por supuesto, de que la hipótesis de la feroz competencia entre grupos de Collins se acomode con dificultades al caso de unas revistas –de la izquierda radical independiente– que se mueven en entornos fundamentalmente cooperativos (al menos por comparación con las revistas “normales” y las de la izquierda organizacional).

⁸ Véase “Entrevista con Paul M. Sweezy”, capítulo 11 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 1, Hacer Editorial, Barcelona 2004, p. 151.

⁹ Una característica de *MR* que también guarda relación con otra de las propuestas de Randall Collins (2001:21): “La sociología de las ideas ... encuentra límites sustantivos para entender el conocimiento como una construcción puramente local. Las ideas significantes que constituyen la materia de la historia intelectual son aquellas que se producen translocalmente. Al examen de la ubicación local de la producción de conocimiento se le escapa aquello que otra rama de la sociología de la ciencia ha investigado con solvencia: los grupos de pensadores, las cadenas de contactos en red, las rivalidades entre un segmento y otro de la comunidad argumentativa”.

¹⁰ Véase “Entrevista con Paul Sweezy”, op. cit., p. 140.

¹¹ Para pasar, según sus propias palabras, de “marxista convencido pero muy ignorante” a “marxista autoeducado”; véase Michael A. Lebowitz, “Paul M. Sweezy”, en *MR*, vol. 56, 5, octubre de 2004, p. 43.

¹² El término es de Randall Collins, op. cit.

neoyorquino de clase baja, periodista, educador en el socialismo y agitador político Leo Huberman¹³. De su amistad, entendimiento personal y coincidencia política surge la idea, en plenos inicios de la Guerra Fría y de la caza de comunistas en Norteamérica, de la necesidad de fundar una revista que recupere, reconfigure e impulse las tradiciones socialistas y marxistas de la historia de ese país, una idea aparentemente descabellada si se tiene en cuenta que Sweezy ha sido excluido a efectos prácticos de la carrera universitaria por motivos políticos (abandona la universidad en 1945)¹⁴ y que Huberman pasa endémicamente por notables estrecheces económicas. La segunda pieza a recordar es el encuentro entre Sweezy y un economista ruso, formado en Moscú, Berlín y Frankfurt, y refugiado en EEUU, Paul A. Baran. El encuentro se produce al llegar Baran a Harvard, en 1939, con una carta de presentación para Sweezy nada menos que del prestigioso economista polaco, amigo de ambos, Oskar Lange¹⁵. La amistad y asociación entre Baran y Sweezy va a configurar el más sólido fundamento de la economía política propugnada por la *MR* de la que hablaremos más adelante. El resultado más visible de esta asociación es la publicación de dos de los grandes clásicos de la escuela, el libro de Baran *La economía política del crecimiento* (1957) y el libro de Baran y Sweezy *El capital monopolista* (1966, con una dedicatoria para el Che Guevara), libro, este último, que marca una época en el seno de la izquierda occidental y en la formación de la “nueva izquierda”.

El azar siempre interviene en la historia. Y en efecto, la tercera pieza que conviene recordar es que, durante el otoño de 1948, el respetado profesor de literatura F.O. Matthiessen, amigo y colega de Sweezy desde los años de docencia en Harvard, funcionario universitario, autor de éxito y sin descendencia, le comunica que ha heredado inesperadamente una cantidad que pone a disposición de los dos amigos, Sweezy y Huberman, por si desean iniciar “esa revista de la que siempre estáis hablando”¹⁶. Finalmente, otras piezas que confluyen en la concentración de energía intelectual que dará cuerpo a la *MR* son las simpatías, apoyos y consejo o contribución intelectual que destacados pensadores y científicos de primera línea van a depositar, primero en la concepción de *MR*, y más adelante, con la revista ya consolidada, en forma de colaboraciones e intercambio e influencia intelectuales. Esta categoría la encabeza por derecho propio la figura del gran científico Albert Einstein, que apoya el nacimiento de *MR* y escribe un antológico artículo para su número 1 que todavía se reedita y es objeto de culto: nada menos que Albert Einstein hablando de historia, de

¹³ Aunque “agitador” inteligente y perfectamente compatible con el intelectualmente exigente Sweezy; dice Huberman en 1950: “La agitación basada en información produce conversos duraderos al socialismo; la agitación que se basa en la exhortación, no” (Leo Huberman, “Notes on left propaganda”, en *MR*, 2). Huberman fue conocido sobre todo por dos excelentes libros de divulgación: *We the people* (1932, una historia de los Estados Unidos desde la perspectiva de su clase trabajadora) y *Man’s worldly goods. The story of the wealth of nations* (1936, una historia económico-política del capitalismo en clave popular). Ambos libros han gozado de muy amplia difusión en EEUU y el segundo ha vendido más de medio millón de ejemplares (véase Christopher Phelps, “Introduction: a socialist magazine in the American century”, en *MR*, vol. 51, 1, p. 3).

¹⁴ Después de que la Universidad de Harvard, pese a contar con la recomendación favorable de Schumpeter, se negara a concederle la *tenure* (el equivalente del puesto vitalicio del funcionario universitario español).

¹⁵ Véase “Entrevista con Paul Sweezy”, op. cit., p. 150. Sweezy había coincidido con Lange, y también con Wassily Leontief, en el seminario para alumnos graduados de Harvard que ofrecía Schumpeter en esos años; véase M. Leibowitz, op. cit., p. 43.

¹⁶ La cantidad era, en poder adquisitivo actual, de 75.000\$. Y con ella empezó la andadura de *MR*. Véase Christopher Phelps, op. cit., pp.2-3.

clases sociales y de socialismo...¹⁷. Pero es también el caso de otro insigne economista, el polaco Michal Kalecki (1899-1970), al que se reconoce el mérito de haber desarrollado en paralelo y al mismo tiempo, o incluso un poco antes, la teoría que popularizó John Maynard Keynes, que frecuentó la *MR* (vivió durante unos años en Inglaterra y trabajó para Naciones Unidas) y mantuvo lazos intelectuales y de amistad con sus editores. A estos casos deben añadirse posteriormente, entre otros, los de Harry Magdoff, Eric Hobsbawm, Ralph Miliband, Noam Chomsky, Andre Gunder Frank, Samir Amin, Harry Braverman (durante unos años director y gran impulsor de la Monthly Review Press, la editorial edificada sobre el éxito de la revista), E.P. Thompson e Immanuel Wallerstein. Examinaré a continuación cuáles son los elementos distintivos de la “escuela Monthly Review”¹⁸, aquellas señas de identidad, intelectual y política, y las ideas-fuerza que permiten identificar sin muchas dudas los rasgos comunes que aporta esa explosión de talento creativo que, hasta aquí, nos hemos limitado a describir. En el primer epígrafe que sigue trataré las nociones de índole intelectual que durante medio siglo se han asociado a esa escuela; y en el siguiente, la que a mi entender es su aportación cívico-política distintiva. Unas y otra constituyen la aportación de la *escuela MR* a la renovación de la izquierda occidental y de la ciencia social crítica del último medio siglo.

LOS COMPONENTES INTELECTUALES DE LA *MONTHLY REVIEW*

Elementos renovadores de economía política marxista

En el contexto histórico-político de mediados del siglo pasado, y hasta la aparición de *MR* y otras publicaciones, con pocas excepciones, el marxismo era, o bien discurso político, o bien discurso académico. Específicamente, además, en el terreno de la economía marxista, la realidad dominante era una teoría fundamentalmente doctrinaria, con escasa inclinación empírica y que hacía uso reiterado de las “verdades” heredadas de los textos sagrados. Pero muy deprisa, la apertura de los nuevos tiempos puso de relieve que se hacía necesario, y en esa dirección apuntó la contribución de *MR*, salvar la brecha entre discurso político y académico a la vez que fundar una economía política marxista –por decirlo así– positiva.

De forma parecida a lo ocurrido en el interior de otros paradigmas teórico-políticos, desde muy pronto puede distinguirse en el seno del marxismo una dicotomía estratégica por lo que se refiere a sus líderes de opinión y, en general, sus practicantes. De un lado, los *fundamentalistas*, que mantienen la pureza de los orígenes y sostienen que todo está en los clásicos; de otro, los *revisionistas*, proclives a abandonar los centros neurálgicos de la teoría marxista: la centralidad de la clase, la teoría del valor trabajo y, en general, el énfasis en la lógica sistémica primordial del capitalismo¹⁹. A

¹⁷ Albert Einstein, “¿Porqué el socialismo?”, en versión castellana en *Revista Mensual/Monthly Review*, vol. 1, nº 1, mayo de 1977, pp. 5-11. El ingenio de Einstein, y la agudeza del análisis social que práctica en ese ensayo, son tales que todavía hoy es un texto clarividente y podría argumentarse que influyó en las teorías sobre las sociedades “postrevolucionarias” (el socialismo real de modelo soviético) que Sweezy desarrollará con gran acierto dos décadas más tarde.

¹⁸ Término que empezó a usarse a principios de la década de 1960; véase Ch. Phelps, op. cit., p. 4.

¹⁹ Lógica que expresa muy bien Sweezy: “Bajo el capitalismo, como escribió Marx, ‘el capital y la expansión del mismo son el punto de partida y de llegada; la producción es sólo producción para obtener capital’. Este es con mucho el elemento más importante de la sociedad capitalista. Si no se entiende o si se pierde de vista este hecho, es imposible comprender el funcionamiento del capitalismo, sus contradicciones y limitaciones históricas.”; en “La sociedad postrevolucionaria”, *Revista*

mediados de siglo, esta dicotomía entre, respectivamente, algo muy parecido a la teología²⁰ y el eclecticismo parecía ineludible. Mientras tanto, sin embargo, el mundo real del capitalismo moderno trastocaba sin vacilaciones y a velocidad de vértigo la sociedad del siglo XX, y no digamos ya la de la segunda mitad de siglo. La transformación era tan evidente después de la segunda Guerra Mundial que prácticamente podía percibirse a simple vista (y parecía anular la eficacia de la conocida sentencia de Marx en *El capital* según la cual toda ciencia estaría de más si apariencia y esencia coincidieran directamente), afectando a cuestiones políticas cotidianas tan decisivas como el papel del movimiento obrero en una sociedad de capitalismo avanzado (con su característica disminución numérica de la clase obrera industrial clásica) o “qué hacer” con el capitalismo –gestionarlo, destruirlo- desde los espacios de poder adquiridos democráticamente.

Encabezados por Sweezy, el conjunto de autores citados más arriba, la *escuela Monthly Review*, adoptó una posición novedosa desde un buen inicio, a mediados de siglo, hasta sofisticarse y llegar a conformar una marca distintiva del grupo en esta importante cuestión de cómo enfocar el marxismo contemporáneo y cómo renovar el acervo cultural y científico-social de la tradición de izquierdas. Esa posición puede sintetizarse en tres énfasis característicos. En primer lugar, la centralidad de la economía política marxiana como instrumento de análisis y su necesaria renovación; específicamente, la convicción de que los numerosos cambios producidos en el capitalismo moderno equivalían a un cambio de tipo que exigía una modificación paralela del paradigma marxiano (algo que se traduce en el énfasis característico de la escuela en la transformación que las tendencias monopolistas de la economía provocan en las *leyes de movimiento* del capitalismo).

El segundo énfasis característico de la *escuela Monthly Review* se coloca en el significado del marxismo en plena época de lo que después se denominará “la edad de oro del capitalismo” (1945-1973). Los autores de la escuela propugnan un marxismo a la vez revolucionario, innovador y creativo, pero anti-fundamentalista. En el debate entre fundamentalistas y revisionistas, aludido, adoptan una postura original, intermedia pero no ecléctica, de mantener el espíritu revolucionario de esa tradición²¹ pero renovándola de acuerdo con los sustantivos cambios producidos en el capitalismo y las lecciones derivadas de las revoluciones socialistas (y su declive posterior) producidas en el siglo XX. A mi entender, ésta posición será uno de los aportes sustantivos de *MR* a la tradición marxista contemporánea²². Sweezy expresa certeramente el meollo de esta posición:

Mensual/Monthly Review, vol. 4, nº 9, junio-julio de 1981, p. 55. Sweezy acostumbraba a recordar el sólido conocimiento que la teoría marxista, por muchas crisis que pudiera atravesar, había acumulado sobre el funcionamiento interno de ese sistema histórico.

²⁰ El marxismo petrificado de la orientación fundamentalista es algo muy parecido a la teología. “Teología”, dice sintéticamente Collins (*The sociology of philosophies*, p. 966), es “aquello que concierne únicamente a los creyentes en dogmas religiosos particulares”. Y los teólogos son los expertos en la materia; todo el mundo con la suficiente edad podrá recordar sin problemas la extraordinaria pericia en este dominio dogmático de los textos de Marx de la generación comunista-estalinista que vivió durante la primera mitad del siglo XX (entre la que, por poner un ejemplo, destacó el dirigente alemán oriental Walter Ulbricht).

²¹ Véase por ejemplo el artículo de Sweezy y Magdoff contra el eurocomunismo, “El nuevo reformismo”, en *Revista Mensual/Monthly Review* de mayo de 1977 (nº 1).

²² Recibida, por supuesto, con virulencia, en términos generales, desde el marxismo convencional de los partidos. El PC norteamericano, por ejemplo, tachaba a Sweezy y Huberman de “a-marxistas y anti-marxistas”. Véase Christopher Phelps, op. cit., p. 10.

“El enfoque de *Monthly Review* sigue el espíritu de Marx —revolucionario, no reformista, no revisionista y, al mismo tiempo, no dogmático y no fundamentalista—, y es consciente de que Marx no tiene la última palabra en todo o, incluso, en nada. Reconocemos que, cien años después, han aparecido todo tipo de fenómenos nuevos que hay que abordar con el espíritu de Marx y no con algún tipo de exégesis de Marx.”²³

Como hemos dicho al principio de este epígrafe, durante la primera mitad del siglo XX y hasta el final de la segunda Guerra Mundial, el marxismo, y en particular la economía marxista, aunque con algunas excepciones importantes, era un *corpus* mayoritariamente doctrinario y “teórico” (sería más adecuado decir “abstracto”), enfrentado a cara de perro a la ciencia social académica y con escasa proclividad al análisis empírico. También en este punto la *escuela Monthly Review* significó una contribución renovadora de la tradición de Marx. En efecto, el tercer énfasis característico de la escuela consiste en desconfiar de esa especie de teología (mala abstracción doctrinaria) practicada por no pocos autores marxistas convencionales y subrayar la centralidad de la perspectiva histórica para el análisis de los fenómenos sociales y económicos, el necesario recurso al análisis empírico y el carácter de fundamento básico de la ciencia social que, a su entender, es el paradigma marxiano. Sobre el primer aspecto, podemos citar la irónica y dura caracterización del problema que hace Edward Thompson, cofundador de la *New Left Review* pero persona próxima a Sweezy en muchos sentidos y también gran renovador del marxismo contemporáneo, en su ataque al marcadamente “teológico” estructuralismo marxista (de, entre otros, Althusser y Poulantzas) de los años setenta del siglo pasado:

“... las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico.

Pero, si empleamos la categoría estática de clase, o si obtenemos nuestro concepto del modelo teórico previo de una totalidad estructural, no lo creemos así: creemos que la clase está instantáneamente presente (derivada, como una proyección geométrica, de las relaciones de producción) y de ello la lucha de clases. Estamos abocados, entonces, a las interminables estupideces de la medida cuantitativa de la clase, o del sofisticado marxismo newtoniano según el cual las clases y las fracciones de clase realizan evoluciones planetarias o moleculares. Todo este escuálido confucionismo que nos rodea (bien sea positivismo sociológico o idealismo marxista-estructuralista) es consecuencia del error previo: que las clases existen, independientemente de relaciones y luchas históricas, y que luchan porque existen, en lugar de surgir su existencia de la lucha”²⁴.

Sobre la cuestión del marxismo, la historia y la ciencia social, el propio Sweezy centra la posición:

“... la ciencia social es realmente historia. Ese es el objeto de la ciencia social. No puedes dividirla en economía, política y problemas sociales. Todos están entremezclados. Hace falta concentrarse en ciertos problemas, en ciertas cuestiones, pero llegó a parecerme que separarlos para hacer de ellos un campo específico hacía imposible un enfoque realmente científico —en el sentido de

²³ “Entrevista con Paul Sweezy”, en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, 2ª época, nº 1, Ed. Hacer, Barcelona 2004, p. 151.

²⁴ E.P. Thompson, “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”, originalmente publicado en 1978; versión castellana en E.P. Thompson, *Tradicón, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona 1979, pp. 37-38.

aspirar a un verdadero conocimiento— de los fenómenos sociales. En el fondo, el enfoque tiene que ser histórico. El marxismo es el único enfoque que hace posible ese tipo de perspectiva coordinada, integrada, del proceso histórico y, en ese sentido, el materialismo histórico es la base de toda la ciencia social.”²⁵

Por último, conviene mencionar que la renovación de la economía marxiana emprendida por Sweezy y la *escuela MR* generó una perspectiva teórica e investigadora que puso en pie una economía política creativa, de mentalidad abierta, con límites disciplinarios flexibles (que incluían, por ejemplo, el interés por el psicoanálisis por parte de Baran) y, ante todo, pegada al terreno de la historia contemporánea y empática con los temas y fenómenos emergentes²⁶. De ahí que un grupo de feministas contribuyeran significativamente a la revista y a la editorial, destacadamente Bobbye Ortiz, que fue “associate editor” durante años, así como autoras como Barbara Epstein y Hester Eisenstein. O el interés por trabajar con activistas negros (entre otras muchas contribuciones, la revista publicó en 1964 una entrevista con Malcolm X), la apertura a los temas de la crítica cultural²⁷ y la incorporación de los estudios de economía ecológica a partir de los años ochenta²⁸.

El capitalismo como sistema global y polarizado

La *Monthly Review* empieza su andadura y pasa por lo que podríamos llamar su época clásica, de asentamiento, durante la primera década larga de la “edad de oro” del capitalismo (1945-1973), entre 1950 y 1965, digamos, una época que generó el más formidable discurso *desarrollista* propio de las teorías de la “modernización” que proliferaron en la ciencia social de la época de la Guerra Fría. La idea básica, ilustrada a la perfección por el “manifiesto no comunista” de Rostow²⁹, era que el desarrollo económico es un proceso que sigue unas pautas estandarizadas y en el cual los países más avanzados, con EEUU a la cabeza, marcan la senda que seguirán, a condición de aplicar las adecuadas recetas macroeconómicas y socio-políticas, los países “en vías de desarrollo”, eufemismo de la época para calificar a las economías pobres del Tercer

²⁵ “Entrevista con Paul Sweezy”, op. cit., pp. 140-141.

²⁶ Esta adaptación anti-doctrinaria a los cambios del entorno, expresión a la vez de la curiosidad intelectual y de la honestidad científica, ha sido siempre marca de la casa, especialmente en el caso de Sweezy, algo que le reconoce el gran economista académico (y premio Nobel de economía en 1972) Kenneth J. Arrow con ocasión del fallecimiento de Sweezy: “su firmeza no impedía una acomodación plena de sensibilidad a medida que emergían nuevas condiciones y el conocimiento cambiaba; conservó siempre un equilibrio poco frecuente entre la consistencia de los ideales y los cambios evolutivos en las políticas y las actitudes” (véase *MR* vol. 56, 5, octubre de 2004, p. 113).

²⁷ En este punto los miembros de la *escuela MR* estaban también muy pegados a las novedades del entorno y de la época, algo que puede ilustrarse con la condición de forofos del jazz de, entre otros, Baran y Hobsbawm que, cuando coincidían en Nueva York, daban rienda suelta a su gran afición, según me relató en su día en comunicación personal Jules Geller, director de la *Monthly Review Press* desde 1976 a 1983, al revelarme la identidad del seudónimo Francis Newton –Hobsbawm–, autor de *The jazz scene* (Da Capo, Nueva York 1975). Esta pasión, por supuesto, tiene su dimensión racional y mantiene una relación con los componentes intelectuales distintivos de la escuela según se describen aquí. Newton-Hobsbawm, por ejemplo, escribe en el libro citado (pp.21-23): “El arte popular es mito y terreno para los sueños, pero también protesta, porque la gente corriente siempre tienen algo contra lo que protestar.(...) [El jazz] es ante todo una música de protesta (...) y hasta cierto punto una rebelión contra los valores de la cultura de minoría”.

²⁸ Hasta el punto que el actual editor ejecutivo principal, John Bellamy Foster, es una autoridad en la materia. Véase por ejemplo su *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, Ed. El Viejo Topo, Barcelona 2004.

²⁹ Walt Rostow, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, 1960 (edición castellana de FCE, México).

Mundo. La contribución peculiar de la escuela *MR* en este punto fue la de generar un influyente conjunto de estudios que ponían de relieve la completa inadecuación del discurso de Rostow y sus colegas (Parsons, Eisenstadt, Smelser, Hoselitz, etc.), estudios que en realidad constituían la aportación del *establishment* académico occidental a la Guerra Fría, “anti-comunista”, que libraban los políticos y militares de Occidente bajo el liderazgo norteamericano³⁰.

El brillante estudio de Paul Baran sobre *La economía política del crecimiento* abrió el fuego, aunque ciertos elementos de la teoría de la dependencia se encuentran ya, por supuesto en Marx y en Lenin, pero también en *La teoría del desarrollo capitalista* de Sweezy (1942). La idea común, desarrollada a fondo por la *escuela Monthly Review* en contraposición al desarrollismo dominante en la política y la academia de la época, con su imagen de un conjunto de países “avanzados” y otro de países “en vías de desarrollo” que marchan en la senda de los primeros, adquieren poco a poco los rasgos de aquéllos y acabarán por igualarlos e incluso adelantarlos, consistía en postular la noción de que el sistema social que conocemos como capitalismo posee ciertos rasgos estructurales que responden a una idea bien distinta, resumida con eficacia por Sweezy:

“...la teoría de que el capitalismo no se extiende mediante la creación de un sistema homogeneizado a imagen de los países avanzados que marcaron el camino, sino que crea más bien un sistema global polarizado en áreas desarrolladas y no desarrolladas, de forma que se trata de partes dialécticamente interrelacionadas como partes de un todo, pero no de partes homogéneas o partes que vayan a ser en ningún caso homogéneas. Eso lleva más o menos directamente a la interpretación del hecho histórico de que las revoluciones, a partir de la Segunda Guerra Mundial, no se han dado en los países capitalistas más avanzados, sino en los menos avanzados, en los países capitalistas subdesarrollados. La Revolución Rusa fue algo así como un presagio de ello, pero no se interpretó de ese modo. Con posterioridad, materiales de Marx que se han publicado en las últimas décadas ha mostrado que él mismo comenzaba a pensar en términos de una relación dialéctica entre países avanzados y subdesarrollados.”³¹

Los autores de la escuela preconizan por tanto una necesaria polarización del sistema mundial de sociedades de manera que las del *centro* ostentan la hegemonía y encabezan la acumulación de riqueza precisamente por el atraso y la explotación de las sociedades de la *periferia*, lo que propicia en éstas no el desarrollo sino “el desarrollo del subdesarrollo”, según el título clásico del libro de 1969 de Andre Gunder Frank. Samir Amin incidió también en el tema, así como Arghiri Emmanuel (*El intercambio desigual*, de 1969) y otros, dando lugar a la *escuela de la dependencia*. Y en conexión con la misma noción, Immanuel Wallerstein dio origen en los años setenta a la *escuela del sistema mundial* (integrada por conocidos autores, además de él mismo, como Giovanni Arrighi, Terence Hopkins, Janet Abu-Lughod o Daniel Chirot), que pone de relieve la diferencia entre tres tipos de formaciones sociales -del centro, la periferia o la semiperiferia- que expresan en cada época histórica la jerarquía del sistema de sociedades.

La dicotomía teórica centro-periferia, por tanto, se puede entender como una metáfora que señala que el capitalismo es por definición un sistema social con vocación global; que el análisis de una determinada economía o país tiene metodológicamente

³⁰ Para un análisis reciente sobre la cuestión, elegante y preciso, que muestra las continuidades hasta el presente, véase Peter Gowan, “La hegemonía norteamericana en el mundo de hoy”, *Monthly Review. Seleccionados en castellano*, nº 2, Ed. Hacer, Barcelona 2004 (publicado originalmente en *MR*, julio-agosto de 2003). Las contribuciones intelectuales de los sociólogos citados no eran precisamente irrelevantes, pero su actitud doctrinaria en el ideologizado contexto de la Guerra Fría, aunque no las invalida, obliga a matizarlas.

³¹ “Entrevista con Paul Sweezy”, op. cit., pp. 152-153.

que enmarcarse en la dinámica del sistema mundial de sociedades; y que, bajo el capitalismo, en ningún caso es posible un desarrollo parejo, ni siquiera asimétrico pero razonable, de todas las sociedades que integran el sistema mundial.

Esta posición o énfasis de la escuela le confirió un cierto aire tercermundista, en el sentido de considerar que el potencial de agravio y de levantamiento revolucionario podía eventualmente estar más en la periferia que en los países del centro, una posición que se ha subrayado más o menos según la época (de la revista, pero también del contexto mundial) que se examine. *El capital monopolista* (1966), de Baran y Sweezy, por un lado, sugiere que la clase trabajadora de los países centrales, bajo el ascenso del capital monopolista y en época de expansión, queda anulada como agente activo o, en términos de Marx, *clase para sí*, por lo que la principal contradicción del período histórico se traslada al enfrentamiento entre el primer y el tercer mundo, argumento que “encontró una audiencia receptiva en el seno de una generación que luchaba contra la implicación imperial de EEUU en Vietnam y en otras partes del mundo”³². En cambio, en 1981, una vez de nuevo el sistema en fase de recesión y crisis económica (desatada a mediados de la década de 1970), Sweezy concluye que “[si] el sistema global acaba de entrar en una fase de crisis que, según todos los indicios, parece irreversible, es difícil escapar a la conclusión de que estamos entrando en un nuevo capítulo de lo que es la historia de las clases trabajadoras metropolitanas”³³.

El capitalismo moderno como capitalismo monopolista

En la *escuela MR* hay también un énfasis característico en las cuestiones del monopolio y la gran empresa como parámetros realmente diferenciadores del capitalismo moderno, en el sentido de que, como se ha sugerido antes, el surgimiento de la empresa gigante modifica las *leyes de movimiento* del capitalismo. La tesis general es que entre finales del siglo XIX y primera parte del XX surge un número relativamente reducido de grandes empresas que, para finales de la segunda Guerra Mundial, han desarrollado ya “cierta forma y estructura comunes”: independencia financiera, comportamiento de oligopolistas racionales, tendencia creciente de la rentabilidad y consiguiente generación de un problema de absorción del excedente, unas características que, siguiendo el trabajo pionero al respecto de Kalecki y Steindl³⁴, presionan hacia el estancamiento, algo que sólo puede ser equilibrado por ciertos –y cambiantes– “factores contrarrestantes”, es decir, tendencias sistémicas constituidas por fuerzas externas a la economía propiamente, como el militarismo y el gasto armamentista de la Guerra Fría, el imperialismo y la despilfarradora expansión de la publicidad y las ventas, entre otros³⁵.

³² M. Lewobitz, “Paul M. Sweezy”, en *MR*, vol. 56, 5, octubre de 2004, p. 60.

³³ Paul Sweezy, *Four lectures on Marxism*, Monthly Review Press, 1981, p. 86.

³⁴ Michal Kalecki, *Essays in the theory of the business cycle*, 1933. Josef Steindl, *Maturity and stagnation in US capitalism*, 1952.

³⁵ Véase Paul Sweezy, “*Monopoly capital after 25 years*”, en *Monthly Review*, vol. 43, N° 7, p. 52. Los temas de la competencia, el monopolio y la gran empresa habían sido ya abordados en la tradición de izquierdas por Hilferding y Lenin. La idea expresada de una tendencia al estancamiento fue reafirmada en el libro de 1966 de Baran y Sweezy *El capital monopolista*, en plena “época de oro” del capitalismo en expansión. Otros factores contrarrestantes aparecen en distintos momentos del desarrollo de la teoría (como, entre otros, el surgimiento del complejo militar-industrial en EEUU y el crecimiento masivo de autopistas y construcción suburbana estimulado por la ‘automovilización’ del país); véase al respecto la magnífica presentación del artículo de M. Lebowitz citado más arriba. La posición de Baran y Sweezy en ese libro emblemático (al menos para la *nueva izquierda*), como lo expresó más tarde Sweezy, “iba mucho más allá... de la teoría económica en su sentido habitual”; véase Paul Sweezy, “Paul Alexander

En sus años formativos, es el propio Sweezy, a partir de un estudio empírico que lleva a cabo en 1937 sobre los grupos de interés en la economía norteamericana³⁶, cuyas conclusiones contradicen las ideas de Berle y Means, el que propone que el dominio del capital financiero sobre el industrial es una anomalía pasajera, una “fase provisional”, del desarrollo del capitalismo; como indica Lebowitz:

“[s]e trata de una cuestión subrayada posteriormente en su crítica de Hilferding en *Teoría del desarrollo capitalista*, donde Sweezy destacó la creciente importancia de la financiación interna en la gran empresa y su preferencia por el concepto de Lenin de ‘capital monopolista’ antes que el de ‘capital financiero’ de Hilferding”.³⁷

Este economista, Lebowitz, señala con acierto que ese es el punto de arranque de lo que, en puridad, debe considerarse una “teoría general del estancamiento capitalista”, de la cual, en el seno de la *escuela MR*, Sweezy será el principal impulsor. Una teoría que, en distintos momentos, está influida por el trabajo de cuatro conocidos economistas: los ya citados Kalecki y Steindl, así como Keynes y Alvin Hansen. La idea nuclear es que existe una tendencia inherente en el capitalismo que garantiza que la capacidad de producir bienes de consumo crezca más rápidamente que su demanda, lo que se traduce en crisis periódicas y en estancamiento: el estado normal de la economía capitalista no es el pleno empleo sino el estancamiento; en otras palabras, lo que requiere explicación no son las crisis, sino los períodos de expansión.

El énfasis de la perspectiva de la teoría del capital monopolista, y del necesario estancamiento a largo plazo de la economía, se apoyó claro está en otro énfasis característico de la escuela, a saber, el papel clave del imperialismo y de la hegemonía económica y política en el centro del sistema mundial de sociedades para explicarse la evolución del capitalismo (y de la sociedad) moderna. En este terreno, la aparición del estudio de Harry Magdoff, *La era del imperialismo*, en 1969, y sus trabajos posteriores sobre el tema³⁸, completaron los fundamentos de la visión, descrita, de la *escuela MR* sobre el capitalismo contemporáneo. Algo que, a su vez, sufrió un cierto cambio de orientación en el último cuarto de siglo con su renovado interés por el papel del capitalismo financiero, la especulación, la manipulación del dinero *per se* tan característicos del capitalismo más reciente y sobre el que trataron Sweezy y Magdoff, en 1987, en su libro *Stagnation and the financial explosion* (Monthly Review Press), donde sintetizan así la importancia del fenómeno: “la esfera financiera puede potencialmente convertirse en un subsistema autónomo dentro del conjunto de la economía” (p. 147).

El proceso de trabajo como sector más dinámico de la economía capitalista

Por supuesto, toda la tradición marxista está impregnada de la noción según la cual el trabajo –y la forma en que se organiza socialmente– posee las claves del orden social. Y naturalmente, el análisis clásico del proceso de trabajo bajo el capitalismo se encuentra

Baran”, *The New Palgrave: Marxian economics*, ed. John Eatwell et alii, Norton, Nueva York 1990, p. 52.

³⁶ Reproducido en su libro de 1953 *The present as history* (Monthly Review Press; hay traducción castellana en Ed. Tecnos, Madrid).

³⁷ Lebowitz, op. cit., p. 44.

³⁸ *Imperialism: From the Colonial Age to the Present* (1977) y *Essays on Imperialism and Globalization* (2002). Magdoff ha publicado además cinco libros como coautor con Paul Sweezy, siendo los más conocidos *The Dynamics of US Capitalism* (1970), *The End of Prosperity* (1977) y *The Irreversible Crisis* (1988).

en el volumen 1 de *El capital*, en las secciones dedicadas al proceso de trabajo y la valorización, la maquinaria y la gran industria, la división del trabajo; y en especial en su Parte IV, “La producción de plusvalía relativa” donde, a juicio de Sweezy, “por primera vez se ubicó el análisis del proceso de trabajo bajo el capitalismo sobre unos fundamentos genuinamente científicos”³⁹. Sin embargo, a la altura de mediados del siglo XX, el análisis marxista convencional sobre esta cuestión frecuentemente derivaba, no en un estudio empírico atento de las transformaciones dinámicas del proceso de trabajo bajo el capitalismo, sino en una recreación formularia según la cual el proceso en cuestión divide inexorablemente a los que intervienen en él entre empresarios y fuerza de trabajo asalariada, enfoque que con frecuencia oscurece, tanto como aclara, el análisis de lo que realmente ocurre en una economía y un orden social al reducir toda realidad a términos dicotómicos y no-positivos.

En la tradición innovadora puesta en marcha por la *Monthly Review* encontramos ya en el estudio inicial de Sweezy, la *Teoría del desarrollo capitalista* (1942), una referencia inteligente a la cuestión que anticipa un cambio innovador de rumbo (véase el capítulo 5 y el diagrama de la p. 103). Una reformulación que cuaja en otra obra clásica de la escuela (y libro más vendido de la *Monthly Review Press* de todas las épocas) firmada por Harry Braverman en 1974, *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, desde entonces un clásico de la economía política marxista y, más en general, de las ciencias sociales contemporáneas⁴⁰. Braverman, antiguo obrero de unos astilleros de Nueva York y con experiencia laboral en empresas diversas de la industria pesada norteamericana, fue un conocido activista de la izquierda radical, coeditor del *American Socialist* y editor ejecutivo en diversas editoriales antes de ser nombrado, en 1967, director de la *Monthly Review Press*, a la que impulsó durante los años de máxima plenitud de esta editorial asociada a la revista.

El estudio de Braverman se inscribe en la estela de la filosofía de trabajo colectivo que inspira a la *escuela MR* y que, para 1974, ha producido ya obras clásicas de la izquierda radical y de la ciencia social de la segunda mitad del siglo pasado. Sweezy lo pone de relieve en su *Prólogo* al libro cuando recuerda que él y Baran abrían *El capital monopolista* en 1966 admitiendo que en esa obra “hay una omisión prácticamente total de la cuestión que ocupa un lugar central en el estudio que hace Marx del capitalismo, a saber, el proceso de trabajo”⁴¹, para saludar a continuación la obra de Braverman como la contribución que viene a llenar ese vacío.

El estudio de Braverman somete a escrutinio directo el “management científico” del ingeniero F.W. Taylor, que domina los métodos de trabajo del capitalismo de la primera parte del siglo XX, así como a las pretensiones científicas de ésta y otras corrientes psicologistas de la ciencia social predominante en la época. Coherente con la tradición de Marx y de sus colegas de *MR*, Braverman centra su perspectiva de análisis en el hecho de que

“[s]ólo en la era del monopolio el modo de producción capitalista se apropia de la totalidad del individuo, de la familia y de las necesidades sociales y, al subordinarlos al mercado, también los reconfigura para servir a las necesidades del capital. Es imposible entender la nueva estructura ocupacional –y por tanto, la clase obrera moderna- si no se comprende este desarrollo. Cómo el

³⁹ Paul Sweezy, *Prólogo a Labor and monopoly capital. The degradation of work in the twentieth century*, *Monthly Review Press*, p. XI.

⁴⁰ El libro, en efecto, propició una ingente cantidad de investigación, ampliaciones, respuestas y debate intelectual durante las dos décadas subsiguientes. Para un buen compendio de la cuestión véase Paul Thompson, *The nature of work. An introduction to debates on the labour process*, Macmillan, Londres 1985.

⁴¹ *Labor and monopoly capital*, op. cit., p. IX.

capitalismo transformó la totalidad de la sociedad en un gigantesco lugar de mercado es un proceso escasamente investigado, aunque se trata de uno de los factores clave de toda la historia social reciente”⁴².

Y esta es la novedad radical del estudio de Braverman: a) vincula estrechamente el proceso de trabajo moderno a los avatares seguidos por el capitalismo monopolista desde finales del siglo XIX; b) pone de relieve los marcados cambios empíricos del sujeto “clase obrera” durante el transcurso del siglo XX (a los que dedica las partes IV y V, de carácter empírico, del estudio), con lo que empieza a mostrar lo que después se denominará “segmentación del mercado de trabajo”; c) muestra también las nuevas complejidades de la clase capitalista (sus divisiones entre tipos de capital y entre funciones ocupacionales); y d) desintegra sin compasión los argumentos pretendidamente científicos y tecnológicos de los métodos de organización de trabajo de la era del capital monopolista (y centralmente, pero no únicamente, el taylorismo)⁴³, que son caracterizados como formas fundamentalmente instrumentales y manipulativas de acomodar al trabajador al capitalismo monopolista.

Las revoluciones clásicas del siglo XX y las “sociedades postrevolucionarias”

La primera generación de la *escuela Monthly Review* la han compuesto mayoritariamente un conjunto de personas que, por edad, formación y contexto histórico pertenecen a la *vieja izquierda* que domina el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX. Así y todo, ese conjunto presenta ya, en general, indicios compartidos de heterodoxia radical, destacando aquí la baja tasa de adscripción o cercanía a los partidos comunistas ortodoxos de la Tercera Internacional⁴⁴ y su contribución activa al proceso fundacional de la *nueva izquierda* que se gesta a lo largo de los años sesenta, algo que examinaremos más abajo. Pero a mi entender no hay indicador más certero (una verdadera prueba de fuego) de esa heterodoxia que la forma de evaluar la naturaleza de los regímenes y sociedades surgidos de las grandes revoluciones del siglo (1917, 1949, 1959), teóricamente inspiradas por la tradición marxista pero patentemente dictatoriales. En este punto también, la *MR*, centralmente impulsada por la obra de Sweezy⁴⁵ a partir de 1956, adoptará una concepción *sui generis* a la que la historia posterior parece haber dado la razón. El núcleo de la posición consiste en caracterizar esas sociedades, y sobre todo, el emblemático caso soviético, como nuevas sociedades de clase, fruto de verdaderas revoluciones políticas,

⁴² *Labor and monopoly capital*, op. cit., p. 271.

⁴³ Concluyendo en este punto: “La necesidad de acomodar al trabajador a lo que es el trabajo en su forma capitalista, a superar la resistencia natural intensificada por los abruptos cambios tecnológicos, las relaciones sociales de carácter antagónico y la sucesión de las generaciones, no acaba por tanto con la ‘organización científica del trabajo’ sino que se convierte en una característica permanente de la sociedad capitalista” (pp. 139-140).

⁴⁴ Con alguna excepción notable, como es el caso de Eric Hobsbawm, aunque la “ortodoxia” de éste (perteneció durante muchos años al PC británico) merecería muchas matizaciones, algo que se palpa en sus trabajos y que ha enunciado explícitamente en su reciente autobiografía (véase E. Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Crítica, Barcelona 2003). Esa especie de necesidad de autonomía de juicio lleva a la *MR*, desde su primer número, a autodefinirse en su subtítulo como “revista socialista independiente”.

⁴⁵ Véase Paul Sweezy, *Postrevolutionary society* (Monthly Review Press, 1980); Charles Bettelheim y Paul Sweezy, *Problemas actuales del socialismo* (Siglo XXI, Madrid 1973); el número monográfico de *Revista Mensual/Monthly Review*, “Crítica del ‘socialismo’ burocrático”, vol. 2, nº 12; y Paul Sweezy, “Revolución desde arriba: la URSS en los años veinte”, en *RM/MR*, vol. 2, nº 1-2.

postcapitalistas, pero en absoluto socialistas ni comunistas. Las siguientes palabras de Sweezy, en una entrevista realizada en la década de 1990, la resumen bien⁴⁶:

“Según mi modo de pensar, el problema de las revoluciones del siglo XX es que no llevaron al poder al proletariado organizado como clase. Lo que llevaron al poder fueron unos partidos revolucionarios fuertemente organizados con elementos procedentes de diversos sectores de la sociedad. Esos partidos expropiaron a la burguesía tradicional, pero no suprimieron la relación capital-trabajo como tal. Sustituyeron a los capitalistas privados por el Estado como empleador de la fuerza de trabajo y unificaron los muchos capitales que habían surgido, independientemente el uno del otro, en el curso de la historia del capitalismo. Eso no significa que todo el capital se pusiera bajo una única dirección, por supuesto, sólo que todas las direcciones separadas quedaban sujetas a una misma autoridad última, que ahora asumía los poderes de vida o muerte que antes ejercían las fuerzas impersonales del mercado.

La cuestión que se planteaba entonces era cómo llamar a esos estados. No eran socialistas, pero ¿eran capitalistas? Charles Bettelheim y yo tuvimos un intercambio de opiniones sobre esa cuestión, entre otras, que duró varios años. Bettelheim pensaba que debíamos llamar a la Unión Soviética una sociedad capitalista, pero yo creía que eso introduciría en nuestro análisis unos prejuicios, unas expectativas y una tendenciosidad que influiría inevitablemente en nuestros descubrimientos y provocaría una gran confusión. En mi opinión, el poder, el prestigio y los privilegios de los gobernantes soviéticos no provenía de la propiedad de riquezas privadas, sino del control no mediado del aparato estatal y, por lo tanto, de la totalidad del capital social. La Unión Soviética, aunque fuera una sociedad de clases y no la sociedad socialista que afirmaba ser, no disponía de leyes económicas de movimiento comparables a las del capitalismo. Por ejemplo, no existía nada parecido al desempleo crónico típico de Occidente.

Para mí, la terminología concreta no provocaba ninguna diferencia práctica, así que yo llamaba a la Unión Soviética, de forma un tanto indeterminada, una sociedad postrevolucionaria. Sostenía que la mayor parte de las distorsiones de las sociedades postrevolucionarias tenían su origen en las condiciones de la hostilidad capitalista, que el comportamiento y la ideología de la clase dominante de la Unión Soviética eran consecuencia de su larga lucha contra un enemigo económica y militarmente más poderoso.”

La relevancia de este tipo de análisis es, por un lado, científico-social, en la medida que mantiene puntos de coincidencia con algunas de las conclusiones (la mayoría posteriores) de sociólogos de la historia de primera línea, como Barrington Moore, además de ser hoy un lugar común para una mayoría de analistas; pero es también política, en la medida que presionaba con gran antelación a muchos activistas y estudiosos en la tradición de la tercera Internacional a confrontarse, desde el marxismo, con la realidad de unos regímenes autoproclamados marxistas que mostraron sin embargo, ya desde muy pronto, claros síntomas dictatoriales y antirrevolucionarios.

LOS COMPONENTES CÍVICO-POLÍTICOS DE LA *MONTHLY REVIEW*

La *escuela Monthly Review*, se ha podido comprobar, no es sencillamente una rama académica más o menos heterodoxa. Es más bien un conjunto de científicos sociales, principalmente economistas⁴⁷, inmersos en la sociedad civil extraacadémica, que proponen un prisma característico para concebir la historia contemporánea (las cinco ideas-fuerza principales que hemos expuesto hasta aquí) y a la vez una actitud política de inquebrantable lucha en pos de una sociedad humana y civilizada, algo que según su punto de vista sólo puede pasar por el socialismo. En este sentido, identificamos una sexta y última característica o idea-fuerza de la escuela, sostenida con tanta intensidad

⁴⁶ Véase “Entrevista con Paul Sweezy”, en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 1, Ed. Hacer, Barcelona 2004, pp. 157-158.

⁴⁷ En realidad, practicantes de una economía política entendida en su acepción clásica y, en este sentido, economistas doblados de historiador, sociólogo y politólogo.

como las anteriores pero que sale de la ciencia social y la teoría para entrar de lleno en la práctica política cotidiana. Esta última seña de identidad característica de la escuela ha tenido también efectos duraderos dentro de la izquierda occidental de la segunda mitad del siglo XX.

Hemos sugerido ya que el grupo de editores y autores de *Monthly Review*, con todo el numeroso acompañamiento que lo envuelve durante sus años de existencia en forma de figuras de mucha valía pero de menor influencia pública, constituyen en cierta forma una bisagra crucial entre la vieja y la nueva izquierda. La llamada *nueva izquierda*, en efecto, es la denominación con que se designa una de las grandes transformaciones estratégicas de la izquierda occidental ocurrida durante el siglo XX, siendo 1968 su acontecimiento emblemático. El cambio de estrategia consiste en mostrar el fracaso histórico de su antecesora (institucionalizado en las perversiones que, desde las ideas socialistas-comunistas, se pueden identificar sin mayores problemas tanto en la socialdemocracia de la era postbélica como en la dictadura estalinista de los países de modelo soviético) y proponer –y practicar– en su lugar una versión contemporánea del comunitarismo socialista clásico. Hay un factor que nos permite identificar con rapidez el epicentro del cambio de modelo tal como prende con firmeza entre los llamados nuevos movimientos sociales (NMS) que proliferan entre 1968 y la actualidad, y que el sociólogo Craig Calhoun ha denominado “autoejemplificación”:

“Uno de los rasgos más llamativos de los NMS paradigmáticos ha sido su insistencia en que las formas y los estilos organizacionales de la práctica movimentista deben ejemplificar los valores que el movimiento trata de promulgar. Esto significa al mismo tiempo que los movimientos son un fin en sí mismos. En relación con esto, muchos NMS están comprometidos con la democracia directa y la estructura no jerárquica, con la total ausencia de diferenciación de papeles, así como con la resistencia a la implicación de personal profesional en movimientos sociales. (...) El énfasis en la autoejemplificación y la no instrumentalidad contrasta en verdad con gran parte de la historia del movimiento obrero organizado. Muchos partidos socialistas, y en especial los comunistas, han institucionalizado jerarquías internas y estructuras de toma de decisión profundamente incoherentes con su declarada búsqueda de ordenamientos sociales no jerárquicos y no opresivos.”⁴⁸

En mi opinión, la *escuela Monthly Review*, entendiéndola además en un sentido amplio (el núcleo de editores, autores y personal con menor proyección pública, pero también la audiencia –internacional– que sigue la revista y en la que prenden esas ideas-fuerza), forma parte integral de ese movimiento de la *nueva izquierda* y del impulso de autoejemplificación que sintetizan las palabras de Calhoun. Y acaba conformando una especie de vademécum para la práctica socialista radical independiente de los partidos en condiciones de capitalismo avanzado. Dice al respecto Christopher Phelps:

“*MR* sirvió para proporcionar un arco de continuidad entre la desintegración de la vieja izquierda y la emergencia de la nueva. Si se tuviera que hacer una elección al respecto, no es fácil decir si la *MR* pertenecía más a la vieja izquierda o a la nueva... Pero parece razonable afirmar que la *MR* ha sido una revista de la vieja izquierda que extendió sus simpatías hasta la nueva izquierda, que desde un principio sostuvo ciertas convicciones idénticas a los principios centrales de la nueva izquierda, y que acabó de configurarse a lo largo del tiempo por la interacción con los movimientos y acontecimientos de la década de 1960, actuando a modo de un lugar de fusión de varias y superpuestas generaciones de la izquierda”⁴⁹.

⁴⁸ Craig Calhoun, “Los ‘nuevos movimientos sociales’ de comienzos del siglo XIX”, capítulo 7 de Mark Traugott, compilador, *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer Editorial, Barcelona 2002, pp. 220-221.

⁴⁹ Christopher Phelps, op. cit., p. 18.

Veamos a continuación algunas actitudes y ámbitos concretos de actividad política donde puede advertirse el acierto de la afirmación de Phelps:

1. Una idea muy característica de la escuela es que la actitud política a tomar ante la evolución del capitalismo moderno, y en paralelo, ante el camino seguido por las sociedades postrevolucionarias, debe enraizarse en la noción de sociedad civil. Aunque esta expresión aparece sólo esporádicamente en los escritos de la *escuela MR*, pocas instituciones como ésta representan mejor el fundamento de la misma, contemporáneamente, dentro de la izquierda mundial. Lo encontramos en el impulso hacia la auto-organización permanente en los *situs* de interacción social y en los lugares de trabajo. Lo encontramos también en la percepción de que los socialistas enfrentados a una evolución social contradictoria con sus valores e ideales deben constituir “comunidades”: de resistencia, pero también de reorganización y creación de nuevas tendencias sociales. Al respecto, cabe recordar que el mismo Sweezy explica que algo así, una comunidad, ha sido y es el entorno de la *MR* para esos sectores sociales antes mencionados⁵⁰. Lo encontramos también en las numerosas referencias al sentido natural de racionalidad cooperativa que atribuyen a la gente común, algo que, por ejemplo, permite a Baran hablar de “la espontaneidad de las tendencias racionales y socialistas presentes en la sociedad”⁵¹.
2. La actividad política de oposición desde la sociedad civil en el entorno complejo de los países de capitalismo avanzado exige, como parte de esa auto-organización, la preservación de la autonomía e independencia del grupo. La cultura de la nueva izquierda empezó por permear la actividad de *MR* desde el mismo momento en que ésta hizo de la independencia respecto de los partidos y organizaciones un principio de su actividad (es decir, como ya hemos mencionado, desde su n° 1, en 1949, según figura en su subtítulo y confirma la práctica seguida al respecto).
3. No es aconsejable idealizar los entornos propios de la nueva izquierda, pero al menos en el caso de la *escuela MR*, tanto la actividad intelectual (la propia revista, las publicaciones de su editorial, las conferencias y apariciones públicas de sus miembros) como la política están presididas por una resuelta actitud anti-sectaria. Algo que exige, a su vez, en sentido contrario al habitualmente musculoso y “viril”

⁵⁰ Paul Sweezy: “Baran era el perfecto ejemplo de persona que necesitaba algo más que [el entorno de la universidad norteamericana de] Stanford porque, aunque siempre hubo unas cuantas personas de izquierdas en Stanford con las que podía comunicarse de forma más relajada y creativa, siempre se encontró muy aislado allí. Necesitaba el entorno de *Monthly Review* y su ayuda institucional. Bueno, lo mismo se puede decir de todos los que estábamos en el entorno de *Monthly Review*, los pocos que estábamos allí. Todos necesitamos algo más que un modo de existencia independiente. También necesitamos algún tipo de comunidad. *Monthly Review* nos la ha dado” (en “Entrevista con Paul Sweezy”, *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n° 1, Ed. Hacer, Barcelona 2004, pp. 150-151). La necesidad de estas comunidades de resistencia es probablemente más aguda entre la izquierda norteamericana, por motivos obvios, especialmente en la era de la Guerra Fría; véase por ejemplo, el comentario de Phelps (op. cit., p. 10): “las tragedias de Matthiessen y Baran ilustran la intensa necesidad de disponer de una comunidad moral y política en el represivo entorno doméstico de la Guerra Fría” (de manera diferente, Matthiessen y Baran se vieron presionados a bajar la guardia; Baran no “salió del armario” y firmó con su propio nombre sus artículos en la *MR* hasta 1956, haciendo famoso su seudónimo previo de *Historicus*, liberándose así, en parte, del agobio producido por el intenso acoso ideológico al que fue sometido en los medios académicos por su condición de izquierdista).

⁵¹ Paul Baran, *MR* 2, julio de 1950, p. 82. Una tendencia similar puede identificarse en muchos autores y autoras del entorno de la *MR*, notoriamente Sweezy y Noam Chomsky. En el caso del primero, esa es su idea de una “sociedad racional”. En el caso de Chomsky encontramos una concepción verdaderamente compleja de la cuestión, aunque no formulada a modo de teoría; su posición queda muy bien reflejada en el artículo de Joshua Cohen y Joel Rogers, “El pensamiento social de Noam Chomsky”, en *Voces y Culturas. Revista de Comunicación*, 5, 1993, pp. 107-135.

ambiente de los medios académicos y de la izquierda (en todas partes)⁵², una fundamental humildad y discreción, característica según creo de las personas con sentido de la realidad, y una actitud respetuosa y cooperativa hacia los demás, todas ellas características de la escuela⁵³.

4. Hay un *ethos* característico detrás de la actividad intelectual de los autores de la escuela que tiene que ver con lo que tradicionalmente se ha denominado *la responsabilidad de los intelectuales* y cuya lógica primordial deriva también del ambiente (la era de la Guerra Fría) donde se definió la actividad de la primera generación del grupo. El resultado es una concepción de esa responsabilidad como algo que obliga a todo miembro del grupo a acercarse a la gente corriente y alejarse del poder, y que debe ejercitarse con total independencia de juicio.
5. Presidiendo esta actitud, como parte de ese *ethos*, desde luego encontramos una valoración del capitalismo como un sistema social perverso que, aunque de manera no intencionada ha propulsado a la humanidad hacia la senda de la Modernidad, rebaja la categoría del ser humano al nivel del ser compulsivo de la pre-historia, algo que ya había señalado Marx⁵⁴. Ello demanda una crítica radical y permanente, desde la racionalidad modernista, del capitalismo. Dice Phelps con razón sobre esta cuestión, y refiriéndose especialmente a la época formativa de la escuela:

“Lo que unía a estos pensadores, el proyecto central que alentaba a *Monthly Review* desde sus inicios, era lo que Baran denominó ‘la evaluación crítica del orden capitalista a la luz de la razón’. Ya desde su primer número, *MR* puso en duda el punto de vista predominante de que el capitalismo, por medio de una gestión apropiada, tenía un potencial prácticamente ilimitado de crecimiento. La *MR* se opuso a la explotación de clase y a la organización de la producción para el lucro privado en lugar de para las necesidades sociales. Sus editores y autores mantenían que la pobreza, la desigualdad en términos de riqueza e ingresos, la opresión racial, el imperialismo y el despilfarro eran características permanentes y endémicas, no atavismos o características periféricas, de la sociedad capitalista. En contraste con los supuestos liberales entonces predominantes, *MR* sostuvo que no se podía acabar con la irracionalidad y la injusticia social mediante las soluciones aportadas por mejores políticas públicas dentro del marco del Estado o las relaciones de propiedad capitalistas. La tarea de los intelectuales consistía en desmitificar el orden existente, tan concienzudamente como fuera posible, para practicar, de nuevo en palabras de Baran, la ‘continua, sistemática y omnicomprensiva confrontación de la realidad con la razón’”⁵⁵.

6. Paul Sweezy y en general los miembros de la *escuela Monthly Review* son también, tal vez ante todo, activistas políticos⁵⁶. Comparten la idea de que su papel principal

⁵² Algunas de las razones para ello, objetivas, las explica muy bien Randall Collins, op. cit.

⁵³ Características muy presentes en la mayoría de artículos publicados en *MR* durante sus 55 años de existencia, cuya brevedad, uso de lenguaje relativamente sencillo, directo y asequible, así como su espíritu cooperativo (con el resto de la izquierda) y respetuoso (con todos los adversarios intelectuales) han sido destacados por muchos observadores. La revista, por otro lado, ha estado siempre abierta a todos los sectores de la izquierda y ha rehuido constituirse en una secta.

⁵⁴ A pesar de ello, el juicio sobre el capitalismo, aunque formalmente atemperado debido a que se lo contempla como lo que es, un sistema histórico, con la consiguiente importancia atribuida a las impersonales estructuras sociales, es tal vez más despiadado que el de Marx y Engels en el *Manifiesto*. Los autores de la *escuela MR* acostumbran a considerar más negativo el balance, en el supuesto que pueda hacerse, de la ejecutoria histórica de ese sistema social. Especialmente en las últimas décadas, cuando los efectos sistémicos sobre el orden ecológico y demográfico del planeta hablan por sí solos.

⁵⁵ Christopher Phelps, “Introduction: a socialist magazine in the American century”, *MR*, vol. 51, 1, mayo 1999, p. 5. La cita de Baran corresponde a “On the nature of Marxism”, *MR* 7, noviembre de 1958, p. 259.

⁵⁶ Hasta hace pocos años, a la izquierda clásica le costaba admitir que *activismo* no es necesariamente equivalente a militar en un partido u organización, mientras que desde la cultura de la nueva izquierda, ya desde un principio, las cosas se veían más bien al revés: militar es ante todo una actitud ante la vida y una permanente puesta en práctica de los principios que uno dice defender.

como ciudadanos (buena parte de ellos y ellas) de sociedades del Primer Mundo consiste en desenmascarar sistemáticamente las tropelías y mentiras a las que forzosamente tiene que recurrir el capitalismo para tratar de sobrevivir; en ofrecer interpretaciones alternativas y razonadas de la realidad mundial (por medio de la revista); en manifestarse (contra la Guerra de Vietnam, contra la guerra de Irak, entre otros muchos casos) y practicar la desobediencia civil (como cuando Sweezy y Huberman tuvieron que hacer frente a la inquisición del senador McCarthy⁵⁷) ante los acontecimientos; y en contribuir a coordinar a las fuerzas de la izquierda y, en general, de las clases populares sobre bases cooperativas.

SÍNTESIS Y MIRADA AL FUTURO

La oleada de movilizaciones que conduce a la “novísima” izquierda de finales de siglo tiene unos claros puntos de referencia: se desata en 1994 con la inesperada eclosión del zapatismo; prosigue con las grandes manifestaciones auto-organizadas del invierno francés de 1995; se ensancha con la emergencia de formas novedosas, no insurreccionales, de huelga general (entre otros países, en España y en Italia); y se completa con los grandes estallidos de la anti-globalización que arrancan en 1999 en Seattle (y se prolongan, hasta hoy, en Génova, Barcelona, Praga, Gotenburg y otras ciudades). Eslabones a los que deben añadirse los movimientos de resistencia al capitalismo global que aportan innovación y avance de los repertorios de lucha (como algunos de los que emergen en Argentina y en otros países de la periferia y semi-periferia).

Estos acontecimientos se pueden interpretar de muchas maneras. Pero, contemplados desde la óptica de la historia moderna del radicalismo político, indican a mi entender un inequívoco cambio de tendencia. Hay una historia premoderna de rebeliones contra la opresión y el capitalismo primigenio⁵⁸. Durante un siglo y medio, impulsada por la emergente clase trabajadora industrial, la protesta popular parece institucionalizarse en grandes movimientos y organizaciones: el movimiento obrero, los sindicatos, los partidos obreros y los movimientos socialista, anarquista y comunista; a la vez que propulsa el ciclo de las grandes revoluciones contemporáneas (principalmente, como hemos dicho más arriba: la revolución rusa de 1917, la china de 1949 y la cubana de 1959). 1968 representa la eclosión de la *nueva izquierda* y los nuevos movimientos sociales. Aunque convive con los movimientos y organizaciones del ciclo anterior y, en algunos casos, su ascenso se apoya en esa tradición predecesora, en general representa en esencia el descontento y rechazo de la nueva sensibilidad del radicalismo político, más democrática y centrada en la autonomía del sujeto, hacia esas formas institucionalizadas de la izquierda clásica que a medida que avanza el siglo XX acaban produciendo revoluciones fallidas (el “desvío” de las revoluciones del ciclo clásico hacia dictaduras inaceptables), comunismo estalinista y socialismo de gestión del capitalismo. En lo que es una ironía de la historia, sólo la componente anarquista del ciclo clásico de la rebelión sobrevive en las generaciones de la nueva y la novísima izquierda (aunque, eso sí, a través de una notable transformación).

La muerte de Paul Sweezy ha dibujado una imagen: la primera generación de *Monthly Review* está desapareciendo de escena. Aunque algunos de sus componentes

⁵⁷ Véase John J. Simon y Paul Sweezy, “Sweezy contra McCarthy”, capítulo 10 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 1, Hacer Editorial, Barcelona 2004.

⁵⁸ A la que responde el clásico de Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, de 1959 (hay edición castellana, en Ariel y actualmente en Crítica, Barcelona).

aún contribuyen con artículos a esta y otras revistas, como es el caso, entre otros, de Harry Magdoff (nacido en el Bronx neoyorquino en 1913) y Eric Hobsbawm (Alejandría, 1917), parece efectivamente que se está cerrando el ciclo de la primera onda expansiva de la *escuela MR*. ¿Qué balance podemos hacer, en conclusión, de su trayectoria? ¿Qué cabe esperar del futuro?

La primera conclusión es que esa primera generación de *MR* arrancó de la vieja izquierda clásica pero llevaba ya en sus alas un viento de impaciencia y renovación que la situó de inmediato en el terreno de lo que después se denominó *nueva izquierda* y, con posterioridad, la hizo como mínimo compatible con la del cambio de milenio. Si atendemos a la dimensión cívico-política del grupo nos damos cuenta de que estamos ante una escuela que, claramente, ha legado a las siguientes generaciones la noción de que el papel de los intelectuales socialistas no es únicamente “comprometerse” sino, ante una situación estructuralmente adversa (como es el capitalismo arrollador de la segunda postguerra y de la post-Guerra Fría), y parafraseando el título de la novela del catalán Manuel de Pedrolo, “enterrarse en los fundamentos” ayudándose de las “comunidades político-morales” que pueden crear⁵⁹. ¿Para qué? Para lo siguiente, en palabras de Sweezy a Baran en 1963:

La sensación instintiva que tengo es que realmente no hay nada que los socialistas en los países capitalistas avanzados podamos hacer excepto exponer y denunciar la campaña inhumana y anti-humana del imperialismo contra todo progreso y decencia, por un lado, y mantener vivo lo esencial de la racionalidad revolucionaria en espera del momento en que el derrumbe de las metrópolis imperialistas empiece de verdad a producirse.⁶⁰

Una segunda conclusión es que, aunque perfectamente política, la trayectoria de la *escuela MR* ha tenido también una potente componente intelectual generadora de conocimiento que en parte ha quedado, si no oculta, algo desdibujada, tanto por esa prioridad política como por el desdén *extra-muros* de la academia. Pero aquí también hay un mensaje claro para el futuro: la economía política crítica y que parte del legado de Marx puede y debe actualizarse conforme se producen los acontecimientos significativos de una época; y sigue siendo un instrumento en parte político y en parte científico-social que la ciudadanía crítica del capitalismo debe incorporar (y de hecho, así lo hace) a su bagaje en las luchas sociales que protagoniza. El o la socialista que no comprenden la época y el contexto que les ha tocado vivir convierten una actividad que dignifica al individuo (rebelarse contra la opresión) en mera compulsión.

La tercera conclusión es que los seres humanos que luchan por un mundo mejor, “decente”, “civilizado”, deben declinar el encuadramiento sectario, y mucho menos servil, y responder como socialistas allí donde viven y actúan; incorporar sus ideales y concepciones políticas a su actividad y al entorno asociativo en que se mueven; y hacerlo conservando como principio y criterio último de validación las ideas democráticas.

Estas tres conclusiones generales que sintetizan el trayecto de la primera generación de *MR*, a la vez, *son* los valores de la nueva generación de la izquierda de los sesentas y de los noventas. Por tanto, parece sensato concluir que, aunque la *escuela MR*, es evidente, no es el factor principal que explica la aparición de esas nuevas

⁵⁹ Esta conclusión debería matizarse según los miembros de la escuela a los que nos refiramos, pero es a mi entender predominante en promedio. Se registran asimismo matices y cambios, incluso importantes, según la época (por ejemplo, sobre la cuestión de la importancia relativa, positiva o negativa, de los partidos). Mi idea es, no obstante, que lo que implica esa conclusión es con claridad lo que ha operado como legado efectivo para las siguientes generaciones de izquierdistas, la “estructura de oportunidad”.

⁶⁰ Paul Sweezy, “Four letters to Paul Baran”, en *MR*, vol. 56, 5, octubre de 2004, p. 99.

oleadas, sí que ha sido durante medio siglo una de las instituciones, modestas pero estratégicas, que ha facilitado el cambio de rumbo operado en la izquierda avanzada mundial que hemos resumido un poco más arriba.

Hemos mencionado al principio del artículo el importante trabajo de Randall Collins sobre las leyes que gobiernan el cambio intelectual y, en concreto, su énfasis en las “comunidades argumentativas” en competencia mutua por hacerse con el “espacio de atención intelectual”. Collins asigna a los pensadores que estudia (filósofos de las principales tradiciones mundiales) una vida útil o creativa de aproximadamente 38 años por generación, lapso que es ligeramente superior en el caso de la *escuela MR*. Pero ésta responde razonablemente bien a la descripción que hace el autor de las “comunidades argumentativas” para el caso de la filosofía:

La historia de la filosofía es en gran medida una historia de grupos, en un sentido nada abstracto: no se trata sino de grupos de amigos, de colegas de debate, de círculos de allegados que a menudo tienen todas las características de un movimiento social⁶¹.

La desaparición de Paul Sweezy plantea la pregunta de si esta trama argumentativo-política que ha desarrollado el grupo de la *MR* va a interrumpirse, va a propiciar el surgimiento de una segunda generación, o bien va a fecundar con sus ideas y acciones un campo tan amplio como es el de la nueva izquierda, desde los años sesenta, y el de la novísima izquierda, desde finales del siglo XX. La respuesta a mi entender tiene dos aspectos principales. Uno, la dimensión intelectual del grupo. Desde esta perspectiva, los indicios son de que, si bien el núcleo central del grupo ha exhibido, por decirlo así, dificultades sucesorias,⁶² el estilo legado por el medio siglo de lecciones de economía política positiva reflejado en la revista y la editorial de *MR* ha cuajado plenamente entre la intelectualidad de la nueva izquierda internacional. En este sentido, cabe esperar que en puntos diversos del sistema mundial (pequeños grupos al estilo de la primera generación de *MR*) ese estilo tenga su prolongación asegurada en nuevas tramas argumentativas y políticas. En conexión con ello, se puede pronosticar que los grandes estudios clásicos de la escuela, mencionados en este artículo, tendrán su continuidad en nuevos análisis emblemáticos del capitalismo actual de la mano de autores más jóvenes pero ya veteranos de la publicación⁶³. En este punto, es de esperar que *MR* continúe jugando el positivo papel de voz del, por así decir, radicalismo racional, frente a la tentación de la izquierda en situaciones de crisis y transición, efímera pero reiterada, de abordar a veces el análisis de los desafíos históricos por medio de frivolidades y modas anclados más en los instintos, la irracionalidad y a veces el disparate (estoy pensando, entre otros, en los discursos *antiedípicos*) que en argumentos dotados de razón. Por lo que se refiere al segundo aspecto de la pregunta, la dimensión cívico-política del grupo, aquí los indicios son de que ésta va a coincidir, para mucho tiempo, con el repertorio de

⁶¹ Randall Collins, op. cit., p. 3.

⁶² Obsérvense por ejemplo las dificultades de renovación del Consejo de Redacción de la revista (sus editores) ya desde mediados de los setenta. El economista canadiense Stephen Hymer parecía predestinado a jugar ese papel, pero falleció muy joven, trágicamente, en 1974. Con posterioridad, se intentó la renovación incorporando a Ellen Meiksins Wood a la redacción, pero ésta dejó la revista en abril de 2000 después de tres años de servicio como coeditora. Durante los últimos años, desde 2000, John Bellamy Foster y Robert McChesney actuaron a modo de editores ejecutivos; pero McChesney ha dejado *MR* en junio de 2004 para dedicar más tiempo al activismo (concretamente, “al movimiento de reforma de los medios de comunicación”; véase *MR*, vol. 56, 2, pp. 2-3). La incorporación de Foster y McChesney representaba también un intento de abrir con mayor claridad la economía política característica de la escuela a los grandes temas “nuevos” de la última parte del siglo XX, a saber, la ecología y los medios de comunicación.

⁶³ Este es el caso del egipcio Samir Amin o del estadounidense Immanuel Wallerstein, entre otros.

lucha de esa ciudadanía proactiva y esa sociedad civil global que vemos lentamente emerger, en el mundo occidental y no occidental. En un aspecto y en otro, la obra y la acción de Sweezy y de la *escuela MR* han contribuido a preparar un futuro que pone de nuevo al socialismo, un socialismo renovado, más sabio y desinstitucionalizado, en la agenda de las clases populares. Algo a lo que ha contribuido especialmente el trabajo de Paul Sweezy, como le recuerda al cumplir los noventa años su famoso colega Shigeto Tsuru:

“Dejaste Harvard en los primeros años de la postguerra; y la pérdida que sufrió Harvard fue una ganancia para el público lector norteamericano en forma de acceso a la valerosa publicación de una “revista socialista independiente”: la *Monthly Review*. No es posible escribir la historia del periodismo en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX sin mencionar el efecto de antídoto producido por el análisis de los acontecimientos contemporáneos, lúcido y penetrante, por parte de la *MR*. En mi opinión, la singular fuerza de tus escritos ha consistido en ‘considerar el problema del presente como un problema histórico’ (Georg Lukacs)”.⁶⁴

Salvador Aguilar
Universidad de Barcelona, Dept. de Teoría Sociológica
saguilar@ub.edu

Barcelona, noviembre de 2004

⁶⁴ En *MR*, vol. 51, 11, abril de 2000, p. 59-60.